

La Exma. Señora dignísima Conforte del Exmo. Señor Marqués de la Mina, Caballero del Toysón de Oro, y Grande de España, y Astro de primera magnitud por sus dictados en la Europa: siempre gobernò su conciencia por la conducta del P. Coromina, y aun estando unido por medio con muchas dilatadas tierras, le comunicaba por cartas el estado de su espíritu, para que le sugiriera sus instrucciones. El Excmo Señor Conde de Revilla Gigedo Virrey, que fuè de esta nueva España, hizo grande aprecio de su Persona: y bien lo mostraba, pues estando tendida en la Calle de la Profesa la Comunidad de los Jesuitas para recibir la Procesion de el Corpus, su Exc. que en ella iba, al acercarse à aquèl puesto, solicitaba la Persona del P. Ignacio, lo saludaba, y le ofrecia su bien dispuesta voluntad. El Exmo. Señor Virrey su successor Marquèz de las Amarillas, por varias ocasiones escribiò al Padre consultandole providencias para esta Ciudad, y en todo se conformaba con su parecer. El Excmo. Señor Marquèz de Cruillas, que como Virrey al presente maneja con grande acierto el Timòn de este Imperio Mexicano, mostrò bien su afecto, y la confianza que hacia del P. Coromina, aprobando en una carta su peticion, y ofreciendole el honorificentissimo empleo en que estaba, para lo que fuera de su agrado. Estos hombres como muy capaces, llenos de letras, y de no vulgar virtud supieron poner los ojos en la benemerita Persona del P. Rector Ignacio Coromina, no solo para acreditarle con la eleccion de sus

escogidos talentos en sus determinaciones, mas tambien para recomendar el merito de tal Sugero.

§. XXVIII.

El fruto que hacia en esta Ciudad el P. Rector Ignacio Coromina, si en lo presente era grande, mayor se esperaba en lo futuro. Pero Dios que todo lo dispone, no solamente quiso sacarlo de Guanajuato, no ya para el Rectorado de Paztquaro, à que en el presente gobierno lo promovia su R. General, mas tambien de esta vida, para darle el premio correspondiente à sus merecimientos. Aunque el Padre era de robusta habitud, no por esso se consideraba lexos del sepulchro. Tenia à los ojos el salto que todos hemos de dar del tiempo à la eternidad, y la estrecha cuenta que de nuestras obras se nos ha de pedir en el rectissimo Tribunal de Jesu-Christo. Para prevenir este aprieto, todos los dias se la tomaba, examinando al medio dia, y à la noche su conciencia: en que si encontraba su escrupulo algun descuydo, lo lloraba, deseoso de mantener en su alma la pureza, que le assegurara en qualquiera caso repentino la entrada en la Celestial Patria. Purificabase en el Sacramento de la penitencia por lo menos tres veces à la semana: celebraba diariamente el inercuento Sacrificio del Altar con grande devocion, como si fuera el ultimo: no se le passaba dia en que omitiesse el santo exercicio de la oracion, y nunca diò treguas à la mortificacion con que tenia à raya su cuerpo. Por esso, aunque le cogió de

assalto la muerte, lo hallò tan bien dispuesto, como si le huviera enviado por delante el aviso de una grave enfermedad.

Martes 21 de Junio del presente año, despues de aver seguido en un todo la distribucion domestica: despues de aver celebrado con las ultimas llamaradas de su amor el Santo Sacrificio de la Missa, dado muchas comuniones, aver con mucho aliento persistido lo mas de la mañana en el Confesionario, y rezado el Divino Oficio: dia del Joven Angel Patron de las Escuelas, y si grande por su nobleza, mayor por sus virtudes, S. Luis Gonzaga, asociado con el Señor de la Viña, nuestro amoro-sísimo Jesus: Este con la hoz en la mano reconociendo fazonado el fruto en el alma del P. Rector, como à las quatro y media de la tarde, exercitandose el Padre en obras de charidad, le diò el tajo, enviandole una apoplexia, causada de la parcimonia en el comer, y en su ninguna eleccion en los manjares: porque haciendole este escaso alimento una sangre aguda, y mal acondicionada: le faltò el vigor que necesitaba para absolver su circulo, y revolviò violentamente por las venas: hasta estancarse en la Cabeza, donde por la coarctacion de sus vasos, gyra la sangre con dificultad: el signo, fueron movimientos convulsivos, y espasmodicos presagios de una proxima muerte. Luego que sintiò el insulto, quedò el Padre con un grande temor, que le corria por todo el cuerpo, acompañado del sudor diaphoretico, que lo iba acabando. Queriendolo tomar en

sus

sus brazos un Padre, que se hallò presente, porque no se precipitara al suelo: el P. Ignacio no lo permitiò, sino que tomando asiento en una peña, esperaba à que pasara aquel rebato. Pero el ayre, que à la sazón corria, era violento, y frio, sobrada causa para agravarle el accidente: y fuè así, que viendolo con el rostro sumamente demudado el Padre que le acompañaba, cargado lo conduxo hasta su Aposento: donde el P. Coromina asentado en su silla quiso hacer esfuerzos para tomar la cama: pero no fuè posible ponerse en pie: y conociendo su grave indisposicion, dixo à los Padres, que avian ya concurrido à la novedad: *En verdad, que yo no soy delicado; pero estoy sumamente malo: fuè llevado entre dos à su pobre lecho, y levantando, al recostarse, al Cielo los ojos, exclamò: Si esto es morir, que algun dia ha de ser, me alegro: ultimas palabras con que se despidiò de este mundo, y con que manifestò la serenidad de su buena conciencia, alegrandose de su muerte, que conocia avia de ser principio de su descanso. Ya el Espiritu Santo nos avia dicho: Justus si morte præoccupatus fuerit in refrigerio erit,* que assaltado de la muerte el Justo, logra el refrigerio de la Patria: y el P. Ignacio, como se prometia por su innocente vida la buena suerte de los Justos, dixo que se alegraba de su muerte. Como una hora perseveraria el P. Coromina en su acuerdo, despues quedò tronco sin uso alguno de sus sentidos. Razon porque se diò pronta providencia para fortalecerle el alma con el Sacramento de la Extrema Uncion.

Al

Al tiempo mismo concurren al socorro del cuerpo los Medicos de la Ciudad, apurando a phorismos, no omitiendo diligencias, y gastandole à las Boticas sus mas exquisitos medicamentos: cuyos Artifices los ofrecian liberales, deseosos de libertar con ellos la vida de su amado Padre. En el Colegio todas eran ansias, y en la Ciudad clamores, y en los Medicos, que no desampararon el lecho del doliente un instante, cuyado: el qual creció sobremanera à la vista de un profundo paracismo, que le sobrevino, y fuè verdadera agonía. Corrió por todo el Lugar la funesta noticia de que el P. Rector de la Compañia se hallaba en los ultimos esfuerzos de la vida: y en las Iglesias todas, Capillas, Minas, y Haciendas se tañeron sus campanas, pregonando las agonias con que batallaba el P. Coromina, para que los Fieles le socorriesen con sus oraciones en aquel aprieto. La demostracion fuè extraña, porque jamás se avia practicado semejante en la Ciudad. Al sonido de las campanas correspondia en grandes, y pequeños, ricos, y pobres, hombres, y mugeres, tanta conmocion, que corriendo por las calles, llegaron à la Portería del Colegio: y à no averla hallado cerrada, se huvieran entrado de tropel hasta el Aposento del agonizante: mas no pudiendo, llenaron la calle, y con lagrymas, y lastimèras voces, lloraban ya el golpe que les amenazaba.

No daba treguas la enfermedad, cobrando por instantes mayorès faerzas, y acabando las pocas, que quedaban en el paciente. Lo que reconocido, que iba

mui

mui presurosa su jornada à la eternidad, se puso todo cuydado para las diligencias del alma. Junta la Comunidad se le dixo la recomendacion del alma, y cercandole su cama los Padres, estuvieron continuamente fugiendole al oïdo tiernas Jaculatorias, y actos propios de aquel transe. Se le dixerón varias oraciones devotas, implorando con ellas la asistencia del divino Jesus, de Maria Santissima, y Santos Angeles. Tambien se le leyò la Pasion de Christo Señor nuestro escrita por S. Juan. Finalmente, teniendo aplicada la voca en el costado del Santo Crucifixo, exhalò el espiritu en el osculo del Señor, Miercoles à las onze y tres quartos de la noche, contando el P. Ignacio Coromina cincuenta y tres años diez meses y dos dias de edad: de Religion treinta y dos años, y nueve meses, y de professo de quatro votos diez y nueve años, y tres meses.

No te aflijas, apostolico Colegio de Guanajuato, porque se te puso aquel Sol, que con su claridad te ilustra, y con su calor te encendia. Tampoco te desconsueles tu, doctissima, y exemplarissima Provincia Mexicana por la perdida de un Sugeto, que era uno de los diamantes mas finos de tu Corona. Y tu, nobilissima Ciudad de Guanajuato, no llores, enjuga tus lagrymas, no llores la muerte de tu Padre, de tu Apostol, de tu Benefactor. Porque si la segur de la Parca echò por tierra este noble edificio, si vès sin movimiento aquellos pies, que te evangelizaron la paz de las conciencias: sin voz aquella lengua, que con sus exhortaciones te en-

Bb

ca-

caminaba al Cielo, y sin espíritu aquel cuerpo, que se sacrificó todo á tu bien espiritual; fue para passar del mundo á las manos de su Criador, donde está la vida exempta de las hostilidades de la muerte: *Animæ Justorum in manu Dei sunt, & non tanget illos tormentum mortis.* Se deshará en el sepulcro su Cadaver; pero á la voz del Archangel que publicará la general resurreccion, se levantará de las cenizas vestido de immortalidad á recibir al Juez, que le ceñirá la Corona debida á sus gloriosos trabajos. Y si consideras, que fué presentado al salir de esta vida en el Divino Tribunal, con la nupcial vestidura, que recibió en el bautismo, salpicada con la sangre de sus penitencias, y sudores de su Apóstolado, no dudarás que fué recibido en el Cielo, para que allí triumphe con Christo eternamente. Y para que depongas todo sentimiento, oye el alegato, que el bendito Padre haría luego que pareció en el Juycio de Dios. Señor (diria) *verdad es que aviendo renunciado por Vos los placeres vanos de este mundo, sus esperanzas, y mi propia libertad, pasé mares, y experimenté peligros, penetrando hasta el nuevo mundo de las Indias, aviendooos ganado afsi en este, como en el antiguo mundo, muchas almas. Pero mas infinitamente hicisteis vos por mi, mas distancias medisteis baxando del Cielo á la tierra, y del seno del Padre Dios hasta el abyssmo de nuestra vil naturaleza. A vista de tan imponderable excessó nada he hecho por Vos en quanto os he servido. Poco Cielo merece quien os ha da-*

do

*do tan poca tierra. Pero recibid, Señor, las innumerables confesiones, que han escuchado estos oídos: las continuas obras de Charidad, que con mis Proximos exercieron estas manos. Los passos que cada dia daban estos pies á los Hospitales, á las Carceles para el consuelo de sus miserables buespedes, á las humildes chofas, á los barrios, para la santificacion de las almas, subiendo cuestras, baxando quebradas con no pocas fatigas, y finalmente, á quantos lugares donde pudieran interessar algun fruto. Los gritos, y clamores, que en Templos, en Plazas, y calles repitieron, para aterrar á los malos, alentár á los buenos, y enseñar á los ignorantes nuestra Santa Ley, estos labios. Recibid, y con esto lo digo todo, el amor con que ha procurado vuestra mayor gloria este mi Corazon, en que os he ofrecido estable trono: y esta alma, que siempre estuvo suspirando por Vos, y puesto en las manos de MARIA Santissima vuestra Madre, siempre la veneré como á Madre mia, hasta consumir mi carrera en vuestra Santa Compañia, cuyo Instituto profesé, y en su atencion estube toda mi vida, hasta el ultimo aliento, exercitando sus ministerios. Al oír este alegato las entrañas piadosísimas de nuestro Divino Salvador Jesus, diria lo que ya tiene prometido á los fieles Operarios de su Viña: *Euge serve bone, & fidelis: intra in gaudium domini tui.* Alegrate Siervo bueno, y fiel, dilata tu Corazon, y puesto que has dado buena cuenta de los talentos que recibiste para negociar mi gloria, y vienes cargado de tropheos apostolicos, de virtudes, y meritos, entra*

en el gozo de tu Señor. O como al oír la bendita alma del P. Ignacio esta sentencia se burlaría de la muerte con aquel energico insulto, que le fugirió el Profeta Malachias: *Ne Læteris inimica mea super me, quia cecidi.* No te alegres, enemiga mia, de mi infortunio, quando me derribaste: es vana tu victoria, porque de las tinieblas del sepulchro, me levantarè à eterna vida: *Consurgam cum federò in tenebris:* y si arrojando mi cuerpo à la tierra, le aseguras la immortalidad, dime muerte, donde està tu victoria? *Ubi est mors victoria tua?*

§. XXIX.

Voldò el espíritu del Santo P. Ignacio Coromina, à lo que piadosamente creèmos, à su centro, que es Dios, y quedò su Cadaver como si estuviera dormido, su Rostro risueño, su color agradable, sus miembros flexibles, y con todas las apariencias de vivo. Revestido con las Sagradas vestiduras Sacerdotales, fuè conducido el Venerable Cadaver à una capáz hermosa pieza fuera de la Clausura: donde estuvo expuesto à la piedad del Pueblo, por espacio largo de treinta y cinco horas. En que se conociò el aprecio, amor, y concepto que el común avia formado de su santidad: pues aun estando lloviendo no se vaciò la pieza en que estaba el deposito de su Santo Padre: de gente, que atropada concurría à venerarlo, así de dia como de noche, y entre suspiros, lagrymas, y expressiones tiernas, clamaba llamando al Padre; el Apostol, el Santo,

Santo, el refugio de pobres, y solicitando alguna reliquia suya, se contentaban con tomàr alguna de las flores con que los devotos avian adornado el feretro. Huvieran padecido algun destrozo no solamente las vestiduras, mas tambien el Cuerpo, por los arrojos de la devocion, pero para impedir el assalto se pusieron de guardia quatro hombres para su defensa: permitiendo al concurso que lo lloraba, solamente, que se llegasse à besarle los pies, y las manos. Llovian sobre el Difunto canastillos de flores, delahogo del agradecimiento, pero al punto las desaparecian los devotos que aviendo tocado al Cadaver se las llevaban para su consuelo. Muchas Señoras principales traian pañizuelos de olàn, y volvian gozosas aviendo cõseguido que aplicados al Rostro del Padre, sacassen alguna mancha de Sangre, de la que fluía la nariz. A infancias de otras se le mudò siete vezes la cinta con que tenia atado à las manos el Caliz, subrogando una nueva por lograr la que se le quitaba. Otras demostraciones de ternura se hicieron, que sería cosa larga referir: pero no passare en silencio, que à la media noche se juntò mucho Pueblo, y en presencia del Venerable Cadaver rezò el Rosario entero de la Señora, de ciento y cincuenta, para satisfacèr, à su devocion.

Siguiose el officio sepulchral, pretendiendo hacerlo con una santa porfia la mui illustre, y venerable Congregacion de N. P. Sr. S. Pedro, por medio de su meritissimo Abad: el M. R. P. Prefecto de la Religion Bethlemita por parte de su Convento, el M. R. P. Pre-